

CAMBIOS DECISIVOS EN LA IGLESIA ESPAÑOLA

En algunos detalles de evidente importancia para el porvenir, tanto del catolicismo como del país, la Iglesia española está dando un giro de 180 grados.

Naturalmente que esto no quiere decir, ni mucho menos, que la Iglesia toda en España haya dado ese cambio de orientación; pero es decisivo que el panorama episcopal de nuestra nación esté dando un espectáculo nuevo ante todo el país, del cual no estoy muy seguro de que el pueblo y la gente en general se den cuenta.

Sin embargo, el hecho está ahí, y no hace falta ser un lince para darse cuenta de que hoy estamos en un clima eclesiástico casi de signo contrario al que existía en el país hace tres o cuatro años.

Dos síntomas decisivos nos llevan a este juicio: el documento de la Comisión del Clero romana y las elecciones de presidentes de las Comisiones episcopales dentro de nuestra conferencia de obispos.

Todavía sin los datos oficiales que acabamos de conocer, pude describir la semana pasada el grave incidente surgido con motivo del documento de la Comisión del Clero, coincidiendo con lo que luego se ha sabido. Me bastó para ello conocer esta estructura cambiante que se está dando en el Episcopado español para reconstruir los hechos dándoles el sentido que luego realmente hemos podido comprobar todos los españoles. Pero como el asunto tiene, en mi opinión, una decisiva importancia futura en la historia de nuestra Iglesia de España, creo necesario ahondar en el comentario.

Con una lectura cuidadosa de la revista católica conservadora *Iglesia-Mundo*, se aprecia que el análisis que ha hecho, en un número dedicado especialmente a nuestra Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes, coincide extrañamente con el estudio de la Sagrada Congregación del Clero romana.

La «inmadurez» que aprecia esta revista en algunos documentos y conclusiones de esa Asamblea Conjunta es una apreciación muy parecida al juicio general que establece la Congregación del Clero en el estudio de 18 folios, donde se dice de las ponencias y conclusiones aprobadas que su conjunto «resulta netamente inmaduro, tanto en el contenido como en la formulación».

El ataque del documento de la Congregación romana a las relaciones entre la Iglesia y el mundo, tal como se describen en la primera ponencia de la Asamblea Conjunta, es sustancialmente el mismo que hace también esta revista española.

Y tengamos en cuenta que, según confesión de esta última, las reflexiones que contiene el número dedicado a la crítica de la Asamblea Conjunta han sido realizados no sólo por los expertos de la revista, sino pidiendo opinión a varios arzobispos y obispos diocesanos españoles, quienes han contestado mandando estudios de sus respectivos teólogos y complementándolos con indicaciones verbales o escritas personales.

Esto revela una sola cosa: o que algunos obispos españoles han intervenido directa o indirectamente en el documento de la Congregación del Clero, o que la mentalidad conservadora imperante en esa Comisión Pontificia es la misma de estos prelatos de nuestro país.

Sea lo que sea de ello, lo importante es comprender que este grupo de obispos conservadores patris está en declinación, tanto en la Iglesia universal como en nuestra propia Iglesia española. Porque hace unos pocos años hubiesen conseguido de Roma no sólo un documento sin autoridad jurídica alguna —como es el de la Comisión del Clero—, sino que hubiesen obtenido un referendo oficial obligatorio para el mundo eclesiástico español. Además, también entonces hubieran tenido mayoría manifiesta dentro de nuestros obispos, no sólo para criticar y desechar las ponencias y conclusiones de la Asamblea Conjunta, sino yo creo que nunca se hubiese reunido el clero con sus obispos para, a la luz pública, hablar de sus problemas y opiniones.

Todo esto se complementa con lo que ha sucedido en la Conferencia Episcopal española la semana anterior. Cuando los puestos de presidencia de casi todas las Comisiones estaban absorbidos por prelatos correspondientes a la fase conservadora anterior, ahora, en cambio, han venido a presidirlos hom-

bres mucho más abiertos, que incluso años anteriores estuvieron algunos postergados o casi postergados.

Un hombre tan discutido en los medios conservadores españoles como Monseñor Díaz Merchán accede nada menos que a presidir la Comisión Episcopal de Apostolado Social, la que resulta clave para orientar las relaciones Iglesia-sociedad en nuestro país. Don José María Cirarda, tan combatido y discutido por sus pastorales y actuación cuando estaba en Bilbao, sorprendentemente ha sido elegido para presidir la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, teniendo bajo su responsabilidad toda la difusión informativa por radio, periódicos, etcétera, que la Iglesia española posee en sus manos.

El actual arzobispo de Tarragona, Monseñor Pont y Gol, dirige ahora la Comisión Episcopal de Acción Caritativa y Social, y hay que recordar que este obispo fue el primero que fomentó el ecumenismo en nuestro país, estableciendo la Semana de la Unidad mucho antes de que se pensase en dialogar con nuestros protestantes hispanos, y por ello fue fuertemente criticado en los ambientes alto-eclesiásticos, pasando muy delicados momentos.

Don Antonio Dorado, obispo de Guadix, ha pasado a presidir una de las Comisiones episcopales que han sido más negativas para el desarrollo de la personalidad de los seglares en España: la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar. Comisión que había sido presidida primero por don Casimiro Morcillo, y después por don Abilio del Campo, bien conocidos ambos por sus tendencias conservadoras en la actividad apostólica y social de los seglares.

A Monseñor Jubany, actual arzobispo de Barcelona, le han hecho presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia, quien también representa un punto de vista razonable y abierto. Y Monseñor Añoveros, el valiente obispo social no siempre cómodo, dirigirá la Comisión Episcopal de Pastoral.

Monseñor Argaya, obispo de San Sebastián, se ocupa de la Comisión de Obispos y Religiosos desde ahora. Don Maximino Romero de Lema, obispo de Avila, que siendo obispo auxiliar de Madrid estuvo durante años relegado al más absoluto ostracismo, pasa ahora a dirigir nada menos que la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades, organismo clave en la actual situación del clero español de cara al futuro. Otra noticia excelente es el nombramiento de nuevo secretario en el culto y abiertamente sereno Monseñor Yanes, para sustituir al conventido conservador Monseñor Guerra.

Y casi podríamos decir que sólo quedan dos presidentes de corte conservador claro y decidido, uno de ellos Monseñor Castán, obispo de Sigüenza, que permanecerá hasta el año 1973 al frente de la Comisión Episcopal de Doctrina de la Fe, ya que en esta ocasión todavía no corresponde la renovación de este cargo.

Pero, sin duda, la noticia más importante es la del nombramiento como presidente de la Conferencia Episcopal española a Monseñor Enrique y Tarancón, que ha obtenido en su elección 58 votos de los 78 existentes, lo que le hacen el indiscutible líder de este Episcopado español mayoritariamente abierto, aunque esta apertura —en la opinión de muchos como yo— sea todavía excesivamente tímida para las necesidades de nuestra sociedad y sobre todo del porvenir de la Iglesia en España. Sin duda, su clara, decidida y valiente postura con motivo del documento romano le ha realizado ante los ojos de los católicos españoles.

En esta votación para el nombramiento de presidente de la Conferencia se ha podido apreciar un detalle muy significativo. En la proporción de votos que se produjeron con motivo de su elección, siempre se encontraron 20 votos en contra, puesto que iban dados en bloque al actual arzobispo de Toledo, don Marcelo González, hombre moderado, pero que en esta ocasión era el candidato hábilmente elegido por el grupo conservador. Con ello se deduce que dentro de los 78 obispos presentes en la Asamblea Episcopal, solamente 20 tienen esta calificación más conservadora, cuando hace pocos años eran no sólo la mayoría absoluta, sino una amplísima mayoría.

Por eso hay que decir con Monseñor Añoveros, aplicándolo a toda la Iglesia de España: «Algo extraordinario está sucediendo en la vida de la Iglesia». Lo único imprescindible es que estos obispos más abiertos aprendan a tener una decidida personalidad y no se dejen convencer por el cómodo expediente de aguar todas las cosas, como tantas veces pasa en la Iglesia de hoy, y por eso llegamos siempre tarde.

MIRET MAGDALENA